

## Cómo fue escrito el prólogo - Bernard Crick

GEORGE ORWELL, en su columna «As I Please» del *Tribune* del 16 de febrero de 1945, escribía: «Es sabido que la Gestapo tiene equipos de críticos literarios cuya misión es determinar, por medio de análisis y comparaciones estilísticas, la paternidad de los panfletos anónimos. Yo he pensado muchas veces que, aplicada a una buena causa, ésta sería exactamente la clase de trabajo que a mí me gustaría hacer».

Recurriendo, pues, a las similitudes de estilo, razonablemente no puede existir duda alguna de que el ensayo inédito recién descubierto y que debía servir de prólogo a *Rebelión en la granja* fue escrito por el propio Orwell. Este ensayo fue hallado en mayo de 1971 entre unos libros pertenecientes a Roger Senhouse, antiguo socio de Fred Warburg que fue precisamente el editor de *Rebelión en la granja*, y en la actualidad se halla en el Archivo Orwell del University College de Londres.

Tengo que agradecer mucho a Mrs. Sonia Orwell el haber permitido su publicación, así como al bibliotecario Mr. Ian Angus su valiosa ayuda en muchos aspectos. Mrs. Orwell, conociendo mi deseo de escribir un estudio sobre Orwell como escritor político, me permitió ver el original, lo que hizo despertar mi interés en publicarlo añadiéndole

algunas aclaraciones sobre sus antecedentes, aunque la historia completa de las dificultades por las que pasó *Rebelión en la granja*, a causa de sus repercusiones políticas, es algo que explicaré en otra ocasión.

El ensayo está mecanografiado y ocupa ocho hojas en cuarto, escritas a un espacio, bajo el título de «La libertad de prensa», pero no lleva firma alguna. Escrita a lápiz sobre el título, y con letra de Senhouse, consta esta indicación: «Introducción propuesta por George Orwell para la primera edición de *Rebelión en la granja*». Fred Warburg, que fue quien trató personalmente con Orwell todo lo referente a la publicación del libro, no sabía nada acerca de esta «Introducción». Asimismo, ni Sonia Orwell ni Ian Angus conocían su existencia cuando editaron *The Collected Essays. Journalism and Letters of George Orwell (1958)*. En cuanto a los amigos que Orwell frecuentaba en aquel período, ninguno entre los que he hablado recuerda haberle oído mencionar tal prólogo, excepto uno, el poeta Paul Potts, quien, además de conocerlo, lo hizo imprimir, aunque la copia impresa se extraviara después. Potts tuvo en aquella época una amistad íntima con Orwell, amistad nacida en los momentos que siguieron a la repentina muerte de la primera mujer del escritor. Potts puso en marcha la editorial Whitman Press utilizando una pequeña imprenta significada por sus publicaciones anarquistas; cuando Orwell casi desesperaba de encontrar un editor para su *Rebelión en la granja*, Potts se ofreció como tal. En su libro *Dante Called You Beatrice*, Potts dedicó a Orwell un capítulo cuyo título era: «Don Quijote en bicicleta», en el que, con viva memoria, recuerda:

«Por un momento estuve a punto de convertirme en editor de *Rebelión en la granja*, tarea que íbamos a llevar a cabo nosotros solos y por nuestros propios medios. Orwell estaba dispuesto a pagar la impresión utilizando el cupo de papel que se adjudicaba a la Whitman Press. Estábamos

listos para llevarlo a cabo e incluso yo fui dos veces a Bedford con el manuscrito para visitar al impresor. La cuna de John Bunyan parecía ser de buen augurio. Orwell nunca me había hablado del contenido de su libro y por mi parte yo no quería plantear ninguna cuestión que pudiera traslucir un interés como editor. No obstante, él me había dicho que tenía intención de añadir un prólogo sobre la libertad de prensa. Este prólogo no fue solicitado cuando más tarde, en el último momento, Secker & Warburg aceptaron el libro y lo editaron».

Potts recuerda que esto ocurrió durante el verano de 1944 y que después Orwell nunca más habló del proyectado prólogo.

Pero hay otro hecho. Las primeras pruebas de *Rebelión en la granja* que se conservan en el Archivo Orwell presentan correcciones hechas de puño y letra por Roger Senhouse. En ellas hay ocho páginas dejadas en blanco, antes del capítulo primero, lo cual hizo que, al imprimirse el libro, hubiera necesidad de volver a numerar todas las páginas. Ello puede significar que el original quedó en la imprenta a la espera de un prólogo que nunca llegó. Esta ausencia pudo ser debida a que el prólogo no fuera escrito, pero también a que lo fuera y a que el autor decidiera no publicarlo por iniciativa propia o tal vez porque le disuadieron de ello. ¡Y al leer dicho prólogo es cuando se adivina por qué! Tengo dos razones para creer que el ensayo fue escrito en la primavera de 1945 y no antes. La primera se basa en que Orwell escribió a Senhouse desde Francia remitiéndole unas correcciones de última hora y lo hizo con fecha del 17 de marzo de 1945. Dichas correcciones tendían a aminorar la cobardía de «Napoleón», el personaje de *Rebelión en la granja* explícitamente identificado con Stalin, y no aparecen en las primeras pruebas sin fechar que incluyen las páginas en blanco, pero sí se hallan, en cambio, en la primera edición

de agosto de 1945. La segunda de las razones afecta a las dimensiones del prólogo, pues el número de páginas sin imprimir no coincide con las que tuvo dicho prólogo una vez terminado. El ensayo consta de cuatro mil palabras, mientras que no más de 2.800 caben apretadamente en las ocho páginas reservadas, lo cual indica una cifra sospechosamente redondeada dado que nadie sabía el espacio que ocuparía. Ello confirma la tesis de que el ensayo fue escrito posteriormente, esto es, al final de la primavera de 1945 o a principios del verano del mismo año. (He examinado muchos libros editados por Secker & Warburg en aquel año y ninguno tiene prólogo impreso en un tipo de letra menor que el usado en el texto, cosa que, por lo visto, no era usual en las ediciones de aquella casa.)

Tal vez estoy siendo deliberadamente cauteloso y hasta pedante al recurrir a todos los testimonios posibles para afirmar que el prólogo, en cuanto a estilo y contenido, no puede ser más que de Orwell. En él resuenan muchos temas que hallamos en sus escritos ocasionales redactados en 1944. En tanto que periodista, Orwell repetía sus ideas dentro de los más diversos contextos, insistiendo sobre ellas en gran parte porque, al estar persuadido de su certeza, no podía evitar hacerlo. Y existe muy poca relación entre el prólogo mencionado y el pesado y autobiográfico prólogo que redactó para la edición ucraniana de *Rebelión en la granja*, fechado en marzo de 1947. Las acusaciones que se contienen en este prólogo acerca de la autocensura, de la rusofilia y de la inclinación al totalitarismo de muchos intelectuales franceses puede ser también apreciada en su «London Letter» escrita para la *Partisan Review* en el verano de 1944, donde insiste sobre el «servilismo de los llamados intelectuales hacia Rusia» y asimismo, frecuentemente —con gran indignación de muchos de sus lectores—, en su columna «As I Please» en el *Tribune*, de manera especial en la publicada el primero de septiembre

de 1944, en la que expone su ira ante la general indiferencia provocada por la batalla de Varsovia (en la que, como es sabido, las tropas alemanas aniquilaron la resistencia polaca ante la pasividad de los rusos detenidos a las puertas de la ciudad). Decía Orwell:

«Ante todo, un aviso a los periodistas ingleses de izquierda y a los intelectuales en general: recuerden que la deshonestidad y la cobardía siempre se pagan. No vayan a creerse que por años y años pueden estar haciendo de serviles propagandistas del régimen soviético o de otro cualquiera y después pueden volver repentinamente a la honestidad intelectual. Eso es prostitución y nada más que prostitución.

»Y después, una consideración más amplia: nada importa tanto al mundo en este momento como la amistad anglo-rusa y la cooperación entre los dos países, pero esto no podrá alcanzarse si no hablamos claro y sin rodeos.»

Ardua cuestión esta porque, además de los «compañeros de viaje» —y así consideraba Orwell en aquel momento a hombres como Victor Gollancz—, no eran pocos los que dudaban de si era prudente ese «hablar claro» a que aludía Orwell, ni siquiera de modo alegórico, tal y como se exponía en *Rebelión en la granja*.

Gollancz, con quien Orwell estaba ligado por contrato, fue el primero en rechazar el libro, probablemente sin sorpresa alguna para Orwell, quien, por razones obvias, ni esperaba ni quería que fuera editado por él, pues recordaba su rechazo del original de *Homenaje a Cataluña*. «Debo decirle —escribía Orwell a Gollancz que el texto es, creo yo, inaceptable políticamente desde su punto de vista (es anti-Stalin).» Por su parte Gollancz, en una carta del 23 de marzo de 1944, refuta sus alegatos y pide ver el manuscrito. Según la opinión de varios amigos de Orwell, lo que pretendía Gollancz era alertarle sobre la alarma existente entre los editores por las intemperancias de

Orwell al hablar con demasiada claridad y sostener que la verdad no es un concepto relativo y dependiente de las circunstancias, pues con todo ello no hacía más que perjudicarse a sí mismo y poner en peligro las relaciones anglo-rusas. Es evidente que con todos estos comentarios aumentaban las habladurías entre editores y escritores acerca de la posición de Orwell, y para aclarar del todo la actitud de Gollancz en este asunto es ciertamente lamentable no poder disponer de sus documentos y cartas.

Orwell, evidentemente, esperaba complicaciones derivadas del contenido de su libro, que empezó a escribir en noviembre de 1943 a poco de haber pedido el cese en la BBC. El 17 de febrero de 1944 escribió al profesor Gleb Struve, que estaba entonces en la Escuela de Estudios Eslavos y Europeo-Orientales en Londres, diciéndole: «Estoy escribiendo un librito que espero le divertirá cuando aparezca, aunque me temo no va a tener el visto bueno político y por ello no estoy seguro de que alguien se atreva a publicarlo. Tal vez por lo que le digo adivine usted el tema». En aquel entonces Orwell había tenido ya dificultades con el *New Statesman* por unos escritos sobre España y con Gollancz por *Homenaje a Cataluña* y *El camino de Wigan Pier*. Al siguiente mes, los problemas surgieron con el *Manchester Evening News*, para el que había hecho una reseña de un libro de Harold Laski, a quien tachaba de complacencia hacia Stalin. El periódico rechazó la crítica.

No está nada claro todo lo referente al envío del manuscrito a Gollancz y lo que ocurrió después, pero en una carta a Fred Warburg del 13 de junio de 1945 y en otra al agente literario Leonard Moore del 3 de julio del mismo año, da algunas aclaraciones. En ellas alude a que el envío del original a Gollancz era una «pérdida de tiempo», ya que estaba casi seguro de que la obra no sería publicada por el editor, quien, por otra parte, se negaba a considerar a

*Rebelión en la granja* como una novela debido a su brevedad, lo cual no era óbice para recordarle a Orwell la opción preferente que tenía sobre sus dos novelas siguientes. (No deja de ser curioso de qué modo un editor se obstina en retener a un autor cuyos libros no le complacen, aunque todo ello se desarrolle en los tonos más cordiales.)

Fue entonces cuando Orwell visitó a Jonathan Cape, quien, después de leer la novela, reconoció que era magnífica, pero también que sería impolítico publicarla en aquel momento. La carta que se menciona al comienzo del prólogo es un fragmento de la que le escribió Cape devolviéndole la novela. Es un breve fragmento del original que se guarda entre los documentos de Orwell, pero yo no he obtenido permiso para reproducirla por entero. El resto expresa las esperanzas de Cape de publicar cualquier otra obra de Orwell, por más que éste estaba, como ya hemos dicho, ligado a Gollancz por contrato, si bien este compromiso no era válido para *Rebelión en la granja*. El famoso comentario hecho por Orwell a T. S. Eliot tildando de estúpida la sugerencia de que «cualquier animal que no fuera el cerdo podía haber sido elegido para representar a los bolcheviques» está completamente justificado, y de la carta de Cape se desprende que éste enseñó el manuscrito a «un importante funcionario» del Ministerio de Información. (Yo tuve que esperar varios años antes de poder leer este informe en los Archivos Oficiales, aunque tal vez esta visión se confirmara en alguna charla de club en la que alguien aludiera a aquel desgarrado inconformista lleno de talento literario.) Y conviene recordar que en 1944 los libros no iban forzosamente a censura. Orwell estaba en lo cierto cuando decía que la censura se la hacían los escritores mismos.

Eliot también estuvo entre los que desaconsejaron la publicación. Mrs. Valerie Eliot publicó la carta enviada por

el poeta en el *The Times* del 6 de enero de 1969. Esencialmente Eliot coincidía con los puntos de vista expresados por Cape, aunque el contenido de la carta es muy expresivo con respecto a la calidad literaria de Orwell: «Estamos de acuerdo en que la novela es una destacada obra literaria y que la fábula está muy inteligentemente llevada gracias a una habilidad narrativa que descansa en su propia sencillez, cosa que muy pocos autores habían logrado desde Gulliver». Pero después de este encomio seguían unos párrafos en los cuales dudaba de si «el punto de vista que ofrece es el más apto para criticar en el momento presente la situación política». Eliot se cuida mucho de decir que no existen razones «ni por prudencia ni por cautela» para impedir su publicación pero, por otra parte, ningún director literario de Faber & Faber, incluido el mismo Eliot, estaba dispuesto a dar un informe que aconsejase la publicación. (Cuán diferente resulta esta postura: de la expuesta por el propio Eliot en sus ensayos de *Criterion* escritos en 1920, cuando estaba tan cercano a Pound tanto política como poéticamente.)

Más tarde ocurrió el episodio de la Whitman Press, después del cual se produjo la decisión final de publicarlo tomada por Warburg, respaldado por un caluroso informe de lector emitido por T. R. Fyvel. Ninguno de ellos recuerda nada acerca de un proyectado prólogo, pero Fyvel y otros me indicaron que Orwell no era demasiado comunicativo acerca de los escritos que tenía entre manos, ni siquiera con sus más íntimos amigos. Y por aquel entonces Warburg estaba enfermo o ausente, por lo que el original fue manejado por Senhouse (muchos de cuyos documentos personales fueron destruidos a su muerte; y los impresores también habían inutilizado sus registros). Pero las pruebas más evidentes siguen siendo el libro de Potts, las páginas en blanco, el contenido y el estilo tan característico del ensayo, que el lector podrá juzgar por sí mismo.

La historia completa puede prolongarse un poco más. El 3 de septiembre de 1945 Orwell escribía a un periodista laborista —Frank Barver— en estos términos: «He quedado sorprendido por la amistosa acogida dispensada a *Rebelión en la granja* después de que la obra estuviera durmiendo por más de un año, ya que ningún editor osaba publicarla antes del término de la guerra». Y el 18 de agosto, en una carta a Herbert Read, le contaba que él había dejado de escribir en *Tribune* durante su estancia en Francia, «y no he reanudado mi colaboración porque Bevan está aterrizado temiendo se produzca un gran revuelo en torno a *Rebelión en la granja*, tanto más si el libro aparece antes de las elecciones como en un principio estaba previsto».

He querido recoger estas dos manifestaciones a falta de otras más evidentes. Ciertamente, el libro no estuvo «durmiendo» un año en las imprentas por las causas que indica Orwell, pues él mismo, en carta a Eliot del 5 de septiembre de 1944, decía: «Warburg está dispuesto a lanzar mi libro, pero no es probable que lo pueda hacer hasta el próximo año a causa de la escasez de papel». Y en otras cartas cruzadas entre Orwell y su primera mujer y entre él y su agente editorial —que se conservan en la Colección Berg, de Nueva York—, se habla de las complicaciones surgidas para la firma del contrato de edición, dificultades que se prolongaron hasta marzo de 1945. Todo ello hace suponer que Orwell pudo tener efectivamente su libro «durmiendo» durante un año, pero voluntariamente y a causa de las primeras dificultades surgidas al intentar editar lo que sería su obra maestra, tanto política como literaria.

En el inédito prólogo, Orwell mismo expresa las razones del retraso, fundadas en un ambiente en el que «los liberales le tienen miedo a la libertad y los intelectuales no vacilan en mancillar la inteligencia», aunque yo,

personalmente, no crea en esta excesiva influencia. Tal vez ahora seamos más tolerantes con las opiniones discordantes y algunas veces, por desgracia, más indiferentes, pero es difícil reconstruir unas circunstancias en las que personas como Eliot y Gollancz llegaran a practicar la misma clase de autocensura. Por toda esta serie de circunstancias el prólogo de Orwell es destemplado —y recordemos cuán equilibrado, responsable y prudente era el autor—, pero él era consciente de su actitud y tal vez ello le hiciera renunciar a hacer patente esta destemplanza en la introducción a *Rebelión en la granja*. La fábula hubiera podido mermar su validez universal reduciéndose a un ataque directo y personal contra Stalin y, por otra parte, la validez de sus reflexiones sobre la corrupción que engendra el poder hubiera podido aparecer como el reflejo de una querrela interna entre ingleses. Apareciendo tal y como apareció, *Rebelión en la granja* queda como un mensaje abierto, universal. Yo leí por vez primera la novela a los quince años y mi hijo mayor a los once, pues es una obra sin limitación de edades, pero dudo que a cualquiera de nosotros le hubiera conmovido tanto un mensaje si hubiera ido acompañado de una explícita introducción política. Y tal vez Orwell mismo se dio cuenta en el último momento de que las ideas contenidas en dicha introducción ya las había expuesto de modo fragmentario y disperso en otros escritos y en otras circunstancias.

«La libertad de prensa» no es en modo alguno expresión de una polémica superada y pasada de moda. Su contenido incide sobre uno de los temas más profundos y constantes en la labor periodística de Orwell, y algunas de sus ideas se cuentan entre las más originales e imaginativas jamás expuestas en habla inglesa sobre la política. Orwell sostiene que la cobardía es una amenaza tan grande para la libertad como la autocensura: «Libertad —decía Orwell en

frase memorable— significa el derecho a decirle a la gente lo que no quiere oír». Y él se dedicó a esta tarea con todas sus fuerzas.

Aunque este prólogo no pueda situarse entre los mejores por él escritos, es sin duda uno de los más significativos. Es evidente que, en los últimos tiempos de su vida, Orwell no sintió deseos de atacar a aquellos que dificultaron la aparición de su libro o a los que no apreciaron su genialidad. El fulminante éxito de su obra y su traducción a no menos de dieciséis idiomas, antes de que Orwell falleciera, puso en evidencia a sus enemigos y le llevó a ser considerado en vida como el más grande satírico desde Swift y uno de los mejores periodistas y ensayistas desde Hazlitt.